Discurso de clausura del 1er Congreso Gitano de la Unión Europea

Felipe González Márquez

Presidente del Gobierno español

Sevilla, 18-24 de mayo de 1994



Intervención del Excmo. Sr.

D. FELIPE GONZALEZ MARQUEZ

Presidente del Gobierno Español

"Debe quedar absolutamente claro que ningún país puede aspirar a participar en el proyecto de la Unión Europea si obliga a alguien a vivir fuera de su ámbito territorial por su pertenencia a una raza o a una religión"

Don FELIPE GONZALEZ MARQUEZ (España), Presidente del Gobierno español

Muchas gracias Juan de Dios, gracias a todos, amigas y amigos. Os voy a decir, primero, que tengo una cierta dificultad para hablar, aunque lo voy ha hacer como Presidente del Gobierno. Y la dificultad nace del hecho de que yo, desde mi primera juventud, he tenido, me he honrado, con la amistad de muchos gitanos, y siendo presidente del gobierno sigo teniendo muchos y muy buenos amigos gitanos. Se me haceraro, por tanto, darle oficialidad a mis palabras, pero entiendan mis palabras desde el corazón y desde el afecto que siento por la comunidad que representáis.

Me satisface tener esta ocasión de transmitirles un saludo personal al finalizar este Congreso. Sé que ha sido el producto del esfuerzo y del entusiasmo de muchas personas, pero quisiera tener unas palabras especiales de reconocimiento para Juan de Dios Ramirez-Heredia, que ha tenido el tesón y la constancia para movilizar a todas las Instituciones necesarias y a cuantas personas han sido requeridas para hacer posible esta reunión. Ya pueden imaginarse que, además, me alegra que se hayan reunido en Sevilla donde, estoy seguro, habrán encontrado cordialidad, respeto y enorme simpatia.

Creo que este Congreso, sus debates, sus resoluciones y sus conclusiones llegan en un momento adecuado, si lo ponemos en relación con lo que está ocurriendo en nuestro entorno y con las posibilidades de actuación:

- Por una parte, en la Cumbre del Consejo de Europa celebrada el año pasado en Viena se dio un paso muy importante hacia el reconocimiento de las minorias y de sus derechos. Era un paso necesario, en un escenario europeo que ha cambiado radicalmente tras la caida del Muro de Berlin. Y, entre otras cosas, hemos comprobado que seguian latiendo irredentos unos problemas de personalidad cultural que los sistemas totalitarios habían ignorado o resuelto falsamente por la via de la violencia.
- Por otra parte, el Tratado de la Unión Europea, que ha entrado en vigor hace pocos meses, significa un salto cualitativo muy importante en el proceso de construcción europea y de

285

manera especial, en la consecución de ese espacio común de solidaridad y de progreso en el que las personas puedan circular libremente y se sientan ciudadanos más allá de su origen nacional, racial, étnico u otro. Además, recientemente ha quedado demostrado que es un proceso abierto a todos los países democráticos que reúnan las condiciones necesarias.

 En ese nuevo marco definido por el Tratado de la Unión Europea me parece también muy relevante la resolución, recientemente aprobada por el Parlamento Europeo, sobre la situación de los gitanos en la Comunidad y sobre su integración económica, social y política.

Teniendo como telón de fondo este marco jurídico-político que va a determinar el futuro de todos nosotros, de todos los ciudadanos europeos, me gustaría hacer algunas reflexiones y compartirlas en estos momentos finales de su Congreso.

La historia europea nos enseña que tenemos que hacer un esfuerzo constante para luchar contra el racismo, la intolerancia, la discriminación étnica o religiosa.

La historia de España es ya de por si bastante reveladora. Hemos conocido épocas de integración y de asimilación de culturas con períodos de intolerancia, de expulsión o de exclusión. Aqui, en esta misma ciudad, convivieron diferentes culturas y credos religiosos. Pero también en nuestro país se persiguió y se utilizó la violencia contra el que no era "igual". Tenemos que aprender de nuestra historia, asumirla en lo claro y en lo oscuro, para proyectar hacia el futuro la voluntad de integrar y de no discriminar, de sumar y no excluir a nadie que no quiera ser excluido.

La historia de Europa de este siglo está llena de episodios de dominación y odio basados en la discriminación racial o étnica. Diversos pueblos, y de manera especial el pueblo gitano, han sido objeto de una persecución despiadada dirigida a su exterminio. Cuando alguien ha creido que el origen de la cuna, el color de la piel o la creencia religiosa eran motivos suficientes para clasificar y jerarquizar la sociedad se ha incurrido en la mayor barbarie colectiva.

Ahora que nos acercamos a las conmemoraciones del final de la Segunda Guerra Mundial me gustaría que, sobre todo, los jóvenes se aproximaran al conocimiento de lo que fue aquella tragedia colectiva para que comprendan que nunca se puede ser indiferente o débil ante el que intenta proclamar la superioridad de una raza o de una etnia.

Lo digo ahora a conciencia porque, cuando creiamos enterrados definitivamente todos estos instintos malignos de nuestra historia, acabamos de descubrir en el propio suelo europeo que es posible seguir matando por las mismas razones. Hemos descubierto las consecuencias dramáticas del nacionalismo exacerbado. Cuando en un territorio sólo pueden vivir los negros o los blancos, los de una religión u otra, pero no pueden convivir, el crimen colectivo está servido.

Cuando las decisiones políticas se circunscriben a un territorio que se marca a sangrey fuego, como hacen a veces los animales en la selva para señalar su zona exclusiva, entonces el conflicto bélico resulta inevitable. De ahí la necesidad en imbuir a nuestras sociedades la vigilancia permanente contra todas estas formas de discriminación. Vigilancia que ha de ser individual en la educación de la persona, del niño, del adolescente y colectiva en las sociedades organizadas y en las comunidades y Estados.

Ningún Estado puede excluir a quien quiere participar pacífica y democráticamente en la organización de la sociedad. Ninguna minoría puede tampoco pretender que sus derechos sean

tan exclusivos que los demás puedan percibirlos como una discriminación peligrosa. En el marco europeo, un gitano, como cualquier otro ciudadano, debe poder escoger el lugar de su residencia y participar solidariamente en el esfuerzo colectivo.

La segunda reflexión que se desprende necesariamente de la primera es la de que hay que educar permanentemente a la gente en la cultura de la igualdad y del respeto.

Siempre me ha parecido que las sociedades pueden medirse por el grado de atención y de respeto que prestan a sus ancianos, o a los más desfavorecidos. La altura moral de un pueblo y de una sociedad tienen que medirse no por la cantidad de riqueza colectiva que se cree -que desde luego, es necesaria- sino por la capacidad de solidaridad hacia quienes más lo necesitan.

A mi me parece muy interesante, por ejemplo, el sentido de la fidelidad y del respeto a los mayores que ha sido una constante de la cultura del pueblo gitano. Me parecen valores que hay que conservar y desarrollar, no sólo por supuesto entre los propios gitanos, sino en el conjunto de las sociedades.

Deberíamos trabajar coordinadamente para eliminar del lenguaje y de la conducta toda una serie de expresiones que atentan contra la dignidad de determinadas comunidades. Para ello es imprescindible la colaboración de los medios de comunicación social que tienen una responsabilidad directa muy importante.

En este esfuerzo educativo tenemos que dar prioridad a los valores morales y erradicar aquellos comportamientos inconscientes que aparecen a menudo en el lenguaje o en las conductas individuales o colectivas.

A través de los tiempos han cambiado las actitudes y también los modos de vida de mucha gente pero, a veces, a los demás, a los que no somos gitanos, nos cuesta darnos cuenta de hasta qué punto podemos ser ofensivos.

Eso me lleva a otra reflexión. Debemos encontrar un equilibrio entre la protección y la defensa de la identidad cultural y la necesidad de la integración social y del progreso.

En nuestros debates políticos en la Unión Europea nos encontramos constantemente enfrentados a un dilema semejante. Aquéllos que creen que el progreso hacia la unidad va a llevar consigo uniformidad y pérdida de señas propias de identidad se muestran reacios a favorecer medidas que nos acerquen hacia la unión.

Se agita constantemente el fantasma del "Superestado europeo" para anunciar pérdidas irreparables lingüísticas, culturales, sociales, etc. Todo esto es inútil porque nadie pretende poner un uniforme a los pueblos europeos y obligarles a renunciar a sus mejores tradiciones. Es mentira que la Unión Europea implique desastres culturales, pero es un espantajo que funciona cuando interesa. Es cierto, en cambio, que cuanto mayor sea la diversidad europea, mayor será su riqueza.

La búsqueda de la igualdad de derechos y de oportunidades para los ciudadanos y para los pueblos no debería poner en peligro, en ningún caso, el mantenimiento de la propia personalidad cultural. Por eso los proyectos que se lleven a cabo para conseguir la mejora de las condiciones jurídicas de los gitanos y de cualquier otra minoría cultural no deben hacer peligrar aquello que les define culturalmente como pueblo o como minoría. Esto tienen que entenderlo todas las partes.

Ciertamente no siempre se podrán combinar de manera perfecta. Alguien podría preguntar ¿es compatible conseguir que los niños gitanos se escolaricen totalmente manteniendo a la vez la tradición de nomadismo del pueblo gitano? Hay cuestiones que son producto de una determinada circunstancia histórica que ha acabado por parecer como esencial para una cultura. Quizá lo que necesitamos es cambiar la Historia para que, a su vez, evolucione la cultura, para que sea posible que el desarrollo pleno e integral de los gitanos se haga de manera respetuosa con lo que ha sido su tradición.

Me parece que este es el punto esencial: la protección y el ejercicio de los derechos se realizan mejor desde la integración, rechazando la segregación. En España, y desde luego en esta tierra andaluza, no nos faltan ejemplos de interrelación entre la cultura gitana y la del resto de la sociedad. No nos faltan ejemplos de integración y de progreso manteniendo las señas de identidad. No nos faltan ejemplos de la creatividad de un pueblo que, cuando ha podido manifestarse, ha dado pruebas de una gran riqueza espiritual.

Mi última reflexión, más que una reflexión sería un mensaje: hay que invertir en educación. Las estadísticas sobre los indices de analfabetismo entre los gitanos adultos me parecen muy significativas. En algunos casos se ha llegado al 90%. En general es muy alto, demasiado alto. Está claro que la mejor inversión que puede hacer una sociedad, un país, es en educación. Es la inversión que a la larga produce mayor igualdad y contribuye en mayor medida a la creación de riqueza. Al mismo tiempo es una necesidad. En España, el Gobierno, las Comunidades Autónomas y las Organizaciones Sociales están haciendo un esfuerzo muy considerable. Desde luego que no es suficiente, nunca es suficiente, pero es por



lo menos una base que empieza a producir sus frutos. La obligación es colectiva, no sólo de los responsables políticos, sino de toda la sociedad.

En una época de crisis es más dificil ejercer la solidaridad, pero es también más necesario que nunca. Por ello, hago un especial llamamiento ahora a ese ejercicio colectivo de solidaridad. Apelo a los ciudadanos españoles y a los ciudadanos europeos para que, entre todos, invirtamos en los valores materiales de la educación, en los valores morales y en la aceptación de la igualdad, de la tolerancia y del respeto. Apelo a todo el mundo para que ningún colectivo pueda sentirse marginado, rechazado o postergado. Que todos los que quieran participar en un esfuerzo social lo hagan con libertad y con garantía de sus derechos, sea cual sea su origen, su raza o sus creencias. Y a vosotros, a todos los congresistas os animo a seguir trabajando para reivindicar los derechos y para asumir las obligaciones que hagan posible el progreso firme del pueblo gitano.

Don JUAN DE DIOS RAMIREZ-HEREDIA (España)

Nos llega la sugerencia de que cantemos juntos el himno internacional gitano, el "Gelem Gelem lungone dromensa" que todos conocéis.

(La Asamblea canta parte del himno y seguidamente se levanta la sesión tras un fuerte y prolongado aplanso)

